

Notas en torno a la función y las formas
cerámicas a lo largo de los siglos.

En primer lugar voy a señalar que he planteado el tema desde una perspectiva general, sin centrarme en ninguna etapa histórica en concreto, ni en un estilo o zona. Mi intención ha sido más bien hallar diferencias y similitudes entre formas y proyectos cerámicos creados en sociedades y lugares muy dispares. Esto me ha llevado a considerar que existe una tendencia en el ser humano, cuando elabora productos realizados en cerámica, a plantear soluciones parecidas, o bien a imitar las precedentes y a mantenerlas con escasos cambios cuando funcionan correctamente, o de un modo bastante adecuado, a pesar de que se introduzcan elementos nuevos. Las tipologías comunes se caracterizan por su carácter reiterativo, poco original; siendo escasamente innovadoras, sobre todo cuando sus creaciones se hallan destinadas a cubrir las necesidades de la vida cotidiana y se encuentran dentro de la línea que denominamos popular o de uso corriente, cuyos artífices –los mismos usuarios o bien artesanos especializados– se han dedicado normalmente a transmitir la tradición y a no establecer demasiadas innovaciones.

La cerámica desde un primer momento surgió para facilitar el modo de vida del hombre. A través de este medio se buscaron soluciones a sus problemas relacionados con el abastecimiento, la cocción, y la ingestión de alimentos o bebidas. Se incluyeron estas piezas también en rituales y prácticas relacionadas con las preocupaciones del individuo por dar una explicación sobre su vida, su origen y el mundo. Por lo tanto se emplearon para dar respuestas a sus inquietudes espirituales, y para facilitar la consecución de sus necesidades materiales. Los primeros cuencos tuvieron una finalidad de uso doméstico y también se hallaron formando parte de ajuares funerarios junto a los restos del difunto, por tratarse de bienes de su propiedad; o bien como contenedores de sus cenizas, pasando entonces a denominarse urnas por su función específica (sin tener en cuenta su forma, que podía ser un cuenco, o una caja con o sin tapa, etc.).

Por consiguiente, en el ámbito de la cerámica se ha dado una tendencia a mantener una relación estrecha entre la forma de un objeto y la función a la cual éste se hallaba destinado, aunque la misma podía presentar ciertas variantes, con respecto a otras sociedades y culturas. Así en el ejemplo anteriormente mencionado, un cuenco que había tenido un uso doméstico podía pasar a albergar las cenizas del difunto tras su muerte, cuando éste le pertenecía, cambiando por consiguiente su función; aunque en otras sociedades se idearon contenedores específicos o urnas para dicho fin. Estos aspectos se tratarán, pues no siempre han sido tan fijas, ni tan claras las relaciones entre la forma y la función de un determinado objeto.

He elegido algunos puntos que he considerado destacados para analizar la relación que existe entre la forma y la función; es decir, los momentos en los que hay una gran simbiosis entre ambos elementos, junto a otros en los cuales no se da ésta, sino que tienen lugar alteraciones o modificaciones.

La forma y su relación con una función

Este es uno de los aspectos que debemos plantear. En primer lugar porque -a grandes rasgos- existen dos opciones o modalidades sociales igualmente aceptables y que se han dado a lo largo del tiempo. Así podemos distinguir entre:

- 1) Sociedades con un modo de vida simple.
- 2) Sociedades con un modo de vida complejo.

Esta división no tiene nada que ver con la etapa de evolución histórica. Así en la Edad Antigua se dieron sociedades con un tipo de vida complejo, en las cuales existió una gran variedad o riqueza formal, pues la cerámica sirvió para cubrir un amplio abanico de usos; así ocurrió en la civilización griega, y en menor medida en la romana, por citar unos ejemplos. También en la zona de Sudamérica se dio la cultura Mochica que gozó de una gran relevancia en Perú y configuró -a otro nivel- un amplio repertorio de objetos en los que se daba una fusión entre una forma de jarra o vaso y una escultura personalizada, que se hallaba ligada a sus creencias y valores.

Resulta evidente que en las sociedades con un modo de vida simple una misma forma podía servir para usos muy diversos, como ya se ha mostrado al mencionar las funciones a las cuales podían hallarse destinados los cuencos. En cambio, cuando existía una mayor complejidad y riqueza socio-cultural se ampliaba el repertorio formal, con lo cual cada forma correspondía a un uso específico.

Una misma forma puede tener varias funciones

A pesar de que los seres humanos adoptamos unas pautas de conducta bastante estandarizadas para resolver las situaciones corrientes con una mayor facilidad y simplificar nuestra vida diaria, en ocasiones una misma forma puede hallarse destinada a usos muy distintos. Veamos algunos casos:

- 1) Los contenedores o recipientes para guardar productos han tenido un uso múltiple. Así las ánforas o las tinajas se han empleado para el agua, el vino, los cereales y el aceite.

Este aspecto resulta muy evidente desde el punto de vista de la arqueología y de la historia. Se han requerido a menudo análisis para saber, tras el hallazgo de un objeto, cual fue el contenido que éste albergó. Sobre todo cuando se trata de cuencos, jarrones, u otras piezas que poseen unos perfiles muy corrientes.

A veces, dentro de una misma sociedad y cultura, un mismo ejemplar puede haber tenido usos múltiples; es decir, se ha dado una evolución en su función. Por ejemplo, esto ocurría con los *leucos* griegos a lo largo del periodo de florecimiento de la cultura helénica. Primero se usaron como contenedores de aceites domésticos, luego pasaron a ser empleados como frascos de perfume femenino y finalmente se generalizó su uso como ofrenda para los muertos.

- 2) Las ollas, jarras, cuencos o vasos también se destinaron a muchos fines, tanto en las tareas relacionadas con la cocción y como con el almacenamiento de productos; pasando a ser habituales en las despensas de las casas; además de hallarse destinadas al servicio de la mesa y consumo de alimentos.

En muchas ocasiones este tipo de obras se han realizado siguiendo unos perfiles semejantes, sin que se observaran excesivos cambios entre sociedades, aunque éstas se hallaran a una gran distancia geográfica o poseyeran un modo de vida muy dispar.

Cuando nos referimos a las ollas, jarras, cuencos, etc. nos valemos de un término genérico, que puede englobar a formas relativamente parecidas. Así en el caso de las escudillas; se puede considerar bajo la misma denominación tanto a las que tienen un acabado semicircular, como en ala. O bien podemos identificar con el nombre jarrón, tanto a los de boca ancha como estrecha, y tanto al que posee un cuerpo redondeado como rectilíneo. En ocasiones, el uso al cual se halle destinado será el que nos permita discernir su parecido o diferencia con respecto a otros y perfilar su tipología.

Una función puede desarrollarse mediante formas distintas

Como ya se ha indicado, en las sociedades y culturas refinadas existe un más alto grado de especialización y complejidad formal, por dicho motivo se asigna una forma específica a cada función.

De todos modos existen muchas sociedades, sobre todo las que pueden calificarse de pobres o con escasez de recursos, en las cuales la división forma-función no es tan clara, y una determinada forma puede usarse para finalidades distintas.

A continuación voy a mencionar algunos ejemplos para concretar estos puntos:

- 1) Ollas y cacerolas han sido empleadas en la cocina para la cocción de productos indistintamente. En la Prehistoria se encuentran numerosos cuencos semi-cerrados de diferentes medidas, hechos a mano, que muestran estos formatos básicos.
- 2) Las bandejas y servidoras. Las segundas han podido ser empleadas no sólo como recipiente para transportar alimentos, sino como plato colectivo en la mesa. En este caso su utilidad ha ido ligada a una costumbre social. El uso indiferenciado que tuvieron en la Alta Edad Media o en el Periodo Islámico las servidoras (como fuente y como plato) fue desapareciendo y en el s. XVIII aparece una cerámica ricamente decorada con una determinada especificidad funcional; entonces en ciertos ambientes la servidora ya no se hallaba destinada a servir como plato. Así las servidoras creadas en la Fábrica de Alcora, fueron ideadas para llevar los alimentos a la mesa y se hallaban en consonancia con los gustos de la nobleza y la monarquía, quienes encargaron dichos recipientes.

- 3) Las cráteras, ánforas y tinajas (algunos de estos contenedores llevaban dos asas, otros no tenían asas) servían para el agua y el vino indistintamente. Tal vez las cráteras fueron las que tuvieron una función más orientada a guardar el vino.

Hallamos la forma de crátera tanto en la etapa ibérica como en la griega y con el tiempo esta forma desapareció, no se mantuvo exactamente igual; en cambio, las ánforas y tinajas pervivieron durante la etapa romana y medieval.

- 4) También los jarros y tinajas se han empleado para almacenar líquidos, sin que en muchos casos se haya podido determinar cual es la forma más apta para agua o para vino. Estas han sido formas muy corrientes, pues a pesar de la aparición de variantes y modalidades distintas producidas por la evolución social, o la ubicación espacial, han mantenido unas características básicas en muchas culturas. La incorporación a nivel local de detalles añadidos, la modalidad de barro empleada, etc. han sido las que han permitido identificar tales objetos.

Características básicas de las formas

Las formas –consideradas a grandes rasgos– pueden ser genéricas o específicas. Así en cerámica hallamos estos dos tipos de modalidades:

- 1) Genéricas (ejemplos corrientes: jarra, vaso, olla o cuenco). Se dice que son genéricas porque su forma se repite y es similar en distintas sociedades. Tanto en la Prehistoria como en la Etapa Visigoda, o en la cerámica común de la Edad Moderna por citar algunos casos, se elaboraron este tipo de recipientes. Únicamente los acabados, los detalles decorativos, las ligeras variantes en la curvatura, el tipo de barro, etc. nos permiten diferenciarlas. De todos modos su formato práctico ha hecho que fueran adoptadas por muchas sociedades, a pesar de no mantener ningún contacto entre ellas.
- 2) Específicas. La variante de una forma ha llevado a una denominación distinta según su uso. En Grecia, existían numerosas muestras: leцитos, cráteras, hidrias, etc. y siempre se trataba de ejemplares basados en la modalidad de contenedor cerrado. Estos objetos podían ser más o menos alargados, tener un cuello más o menos cerrado, asas o acabados más complicados, etc.

Además de lo señalado, cabe tener en cuenta que la producción para un mercado de un determinado tipo de objetos u formas siempre ha venido dada por los usos sociales. Se trata normalmente de productos que suelen ser aptos para un amplio número de población, que será la que los va a adquirir. Las formas más individualizadas se elaboran en una proporción menor, a no ser que se generalice su venta. Estas piezas se hallan pensadas para abastecer a una determinada población y para cubrir unas necesidades; por lo tanto, su producción es mucho más seriada que en el caso de las obras de encargo, cuyo coste también es mayor por dicho motivo. El alfarero

o ceramista siempre ha tenido una producción para el mercado y otra basada en el encargo de obras. La fábrica de Alcora es un claro ejemplo de manufactura que elaboró la mayoría de sus productos por encargo.

- 3) Las formas o piezas diseñadas por encargo suelen presentar una mayor originalidad. Se hallan planteadas para satisfacer los gustos de una determinada persona o sector. Este tipo de obras poseen un carácter único que las distingue de las piezas pensadas únicamente para satisfacer una necesidad, en las que el elemento estructural o decorativo pasa a un segundo plano.

Evolución de las formas o repetición de modelos similares

No siempre resulta fácil distinguir cuando nos hallamos ante la repetición de modelos o formas similares, o bien cuando podemos considerar que una forma ha evolucionado.

Un caso concreto lo encontraríamos con las piezas siguientes: crátera (griega), ánfora (romana) y tinaja (Edad Media). Podríamos caracterizarlas como formas que parten del cilindro o el cono y que tienden a cerrarse por el lado superior; acostumbran a llevar dos asas, una a cada lado. Si bien debemos recordar que, a pesar de la descripción, existen ánforas y tinajas que adolecen de dichas asas; también cabe enfatizar que el tamaño, su aspecto o volumen varía, aunque las reconozcamos e identifiquemos con estas denominaciones.

En su elaboración se repiten unas pautas, pero se aportan variaciones. Las últimas nos han permitido establecer clasificaciones muy complejas, como las que han realizado los especialistas y arqueólogos para el estudio de las ánforas y las tinajas de la etapa romana y alto medieval.

Cuando la forma pierde su funcionalidad

En nuestra sociedad actual es muy frecuente que las piezas de cerámica artesanal no tengan una finalidad utilitaria, aunque no ocurra lo mismo con las obras de carácter industrial. Veamos otras modalidades o destinos posibles para dichos ejemplares:

- 1) La cerámica puede pasar a ser un objeto decorativo. Los jarrones, teteras, cuencos sirven para ornamentar un determinado espacio y adquieren un cierto valor por tratarse de piezas curiosas, bellas, originales o estar muy bien realizadas.
- 2) La cerámica también se ha convertido en un objeto para coleccionar. Existen coleccionistas interesados en la localización y adquisición de obras tanto de alfarería, como piezas únicas. Su valor económico y calidad son muy diversas. Este tipo de objetos adquieren un valor en sí mismos, al margen del entorno que ocupan. Normalmente, cuando el interés prioritario que mueve al coleccionista es su originalidad la pieza adquiere un alto precio en el mercado.

Otro aspecto que se suele tener en cuenta es la calidad de su manufactura; es decir, la laboriosidad y complejidad en su creación, o bien las aportaciones técnicas que este objeto incorpora. Así la porcelana china con barniz celadón, cuyo origen se remonta a una etapa anterior al s. II a. de C., adquirió un gran esplendor y perfeccionamiento en los siglos X-XII d. de C. De tal modo que en la actualidad algunas de sus creaciones forman parte de la lista del patrimonio cultural de la UNESCO.

O bien su rareza formal, que puede venir dada por el acabado de las asas, las tapas, etc. Un caso concreto –a pesar de que se encuentran otros parecidos y que siguen el mismo planteamiento– lo constituyen los vasos y jarrones de la cerámica Mochica peruana, pues incluyen esculturas de seres humanos, de rostros y de animales. Estas obras poseen un sentido simbólico, son un producto de una determinada sociedad y creencias, y suelen hallarse escasos ejemplares idénticos; las mismas fueron características entre los siglos III a. de C. al VIII d. de C. Igualmente las urnas funerarias o incensarios del periodo precolombino de México, aproximadamente manufacturadas entre los siglos III a. de C. y IX d. de C., muestran una figura humana en posición sentada y a pesar de que existen algunas esculturas parecidas, ninguna pieza suele ser igual. Estas fueron realizadas con una finalidad muy concreta, y su datación exacta suele ser difícil.

Su antigüedad es otro factor que aumenta el valor de las vasijas o cuencos. Así una pieza del sexto milenio a. de C., por muy simple que sea, si puede probarse su datación, adquiere una gran relevancia, y por consiguiente aumenta su valor debido a su rareza y al hecho que haya llegado hasta la actualidad. Sobre todo si la forma permanece intacta y no se halla en mal estado de conservación, aunque en el periodo en que ésta se creara fuera una forma muy frecuente y repetida. Su relevancia aumenta por los motivos citados.

Su pertenencia a un personaje importante. Así una cerámica que hubiera correspondido a Carlos III, quien creó en 1760 la manufactura de porcelanas del Buen Retiro, destaca sobre otros productos de la misma fábrica. O bien un juego de porcelana de Sèvres que había sido de Catalina II (emperatriz de Rusia), realizado en 1777, adquiere unas connotaciones añadidas.

De ahí que podamos afirmar que para el coleccionismo y la musealización privada o pública existen unos ingredientes que determinan la importancia estética y el precio de una determinada obra.

La terminología

Para finalizar, debemos destacar que existe una cierta confusión con respecto a los nombres de las cerámicas, pues podemos encontrar piezas semejantes a las cuales los expertos les atribuyen nombres diversos: jarro o jarra, vaso o cuenco, etc. En algunos casos, porque éstos no se ponen de acuerdo, o bien porque desconocen cual fue la función inicial para la que un determinado objeto fue creado.

La terminología sirve para reconocer la pieza, pero no siempre el nombre que ahora usamos era el empleado por las personas que la utilizaron en el pasado. El término a menudo se ha creado para el estudio y clasificación de la misma.

Fue en la primera mitad del siglo XIX, a raíz de numerosos hallazgos arqueológicos, cuando se inició el proceso de catalogación. Ricardo Olmos en *Catálogo de los vasos griegos* (1980)¹ al referirse a los recipientes custodiados en el Museo Arqueológico Nacional dice textualmente: «*La terminología, que por comodidad mantenemos hoy día los arqueólogos, es en gran medida convencional: el nombre actualmente utilizado para designar a una forma puede no corresponder con el término o términos originarios que emplearon los griegos*».

¹ OLMOS, Ricardo: *Catálogo de vasos griegos*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional, 1980. pág. 17.